

da por sector de población en seis municipios fronterizos del norte de México y en el Distrito Federal encontró que no existen diferencias sustanciales, al analizar los cuadros de todas las ciudades, entre migrantes y nativos. Si bien los migrantes prefieren mayormente al PRI que a otro partido, el apoyo que brindan a éste no es exclusivo de ellos; en algunas ciudades y sectores resultó más alto el de los nativos. En Ciudad Juárez, por ejemplo, los migrantes de los sectores residencial y marginal resultaron más panistas que los nativos, y entre los migrantes del sector marginado es en donde se encontró la más baja preferencia por el PRI. Es precisamente en el Distrito Federal en donde resaltan más las diferencias entre los migrantes y nativos que en el resto de las ciudades estudiadas. Si bien es entre los migrantes del sector medio y marginal en donde se encuentran los mayores porcentajes de preferencia por el PRI, y éstos corresponden a los migrantes, existe una heterogeneidad de proporciones relativas entre ciudades, sectores de población y calidad migratoria.

En síntesis, el estudio concluye que no existe una clara correlación estadística que permita afirmar o negar que sean los migrantes que viven en colonias populares los que brindan mayor apoyo al PRI, dado que otras variables como sector productivo, edad y escolaridad presentaron una correlación más alta, y debido a la heterogeneidad por ciudad, sector de la población y calidad migratoria (Centro de Estudios de la Frontera Norte de México, "Encuestas sobre Actitudes Políticas de los Fronterizos y Tensión Social en los Jóvenes", Tijuana, 1982 y 1984).

Estas observaciones pretenden enriquecer, problematizando, los hallazgos de Cornelius. El tema de los inmigrantes y su papel en la política es de suma importancia, máxime en estos tiempos de transformaciones profundas en algunas zonas del país. La obra enriquece teóricamente esta discusión y desmixtifica varios supuestos sobre los migrantes marginados. Escrito en una forma notable, el libro nos adentra en el comportamiento político de aquellos a quienes el sistema político ha vuelto la cara: los marginados.

JORGE CARRILLO

GUSTAVO GARZA, *El proceso de industrialización en la ciudad de México (1821-1970)*, México, El Colegio de México, 1985

Este libro debe recibirse con el beneplácito que merecen los productos de largos y sostenidos trabajos de investigación sobre una problemática compleja y relevante, pues fortalecen al trabajo científico y favorecen su traducción a políticas y diseños de acción concreta. Verifican,

también, la importancia de las instituciones de investigación como centros imprescindibles para la creación de conocimiento, no inmediatamente reductible a fórmulas operativas —como quisiera una absurda corriente— pero de los que depende que estas fórmulas resulten sensatas, socialmente valiosas y equitativas, así como históricamente más legítimas. Pero además, porque generan conocimiento que atiende a las necesidades reales, derivadas de nuestro nivel contemporáneo de cientificidad y no en forma apresurada y acrítica, de nuestra condición de importadores y consumidores de la contemporaneidad tecnológica.

La manera de plantear y de abordar el importante problema de la concentración industrial, así como su tratamiento, es por todos conceptos sobresaliente y acorde al más avanzado nivel de trabajo en la materia. Y cabe agregar que, en términos generales, la exposición resulta asequible y denota un serio esfuerzo de expresión clara sin sacrificar rigor.

Confirma lo bien ubicado del análisis el rechazo del autor a las perspectivas reduccionistas, tanto del proceso histórico como de la complejidad estructural de los fenómenos, como es el caso de la teoría de los factores de la concentración industrial, característica del análisis urbano convencional, y su opción por una perspectiva no sólo más compleja sino evidentemente más explicativa. Ello también implica problemas y desacuerdos, pero éstos confirman el valor de este trabajo, el cual estimula el conocimiento y la discusión.

El análisis se lleva a cabo en tres niveles: el más general, que sitúa el problema en el marco de la discusión conceptual de la concentración como tendencia inherente al capitalismo, se desarrolla en el contexto de las relaciones urbanización y desarrollo según es propio del modo de producción capitalista. De aquí, entonces, que el análisis histórico busque trascender la narrativa para insertarse en una conveniente referencia teórica.

El segundo nivel, y segunda parte en el desarrollo de la exposición, se establece a partir del análisis del proceso histórico de la formación económica de la ciudad de México y específicamente de su industrialización. Los capítulos que integran esta porción del libro se caracterizan por una bien lograda síntesis histórica y por un hilo narrativo que los hace accesibles a cualquier lector medianamente informado, lo que no deja de ser un mérito.

El tercer nivel corresponde al análisis macroeconómico y contemporáneo de la concentración, como un hecho consumado y una condición de la estructura socioeconómica de la ciudad. Es sin duda la parte más recia y sólida del trabajo, que reúne las aportaciones más sobresalientes y que le darán un lugar en la investigación sobre procesos urbanos, tanto por los aspectos sustantivos como por el instrumental analítico. Es de esperarse que los especialistas no pasen por alto la dis-

eusión de una serie de definiciones operacionales utilizadas por el autor, pues ello contribuirá considerablemente al desarrollo del instrumental del análisis cuantitativo de la investigación social.

El fenómeno urbano es indudablemente uno de los que con más derecho reclama un tratamiento interdisciplinario. Sin embargo, no siempre es fácil llevarlo a cabo, e incluso, ni siquiera tender los puentes que permitan la comunicación con especialistas en disciplinas, distintas pero afines a la del analista. Por fortuna no es éste el caso. Así, es posible que la lectura económica, que es la propia del autor, se pueda acompañar de otras, en este caso la sociológica. A partir de ella, interesa aquí destacar y discutir algunas cuestiones fundamentales que desde luego están lejos de agotar la riqueza del trabajo.

Toda la exposición, y es evidente que la investigación misma, está muy certeramente delimitada en el marco de una hipótesis que sin duda permitió darle un tratamiento adecuado así como una interpretación muy cohesionada, pues consiguió un fructífero nexo entre lo general y lo concreto histórico, es decir, entre lo distintivo del capitalismo y lo peculiar del proceso de la ciudad.

Propone el autor que “. . .la construcción secular de un inmenso conjunto de obras de infraestructura al servicio de la ciudad constituye la explicación fundamental de la elevada concentración espacial de las actividades económicas y, además, que ésta es una peculiaridad de la organización espacial capitalista” (p. 15).

No es el caso aquí citar ejemplos de la evidencia histórica y estructural que el autor proporciona. Pero tal vez sí convenga señalar que se resiente su discreción para explorar un campo de interpretación más amplio. No hay duda de que el rigor aconseja la cautela en lo que toca a la generalización y la interpretación. Pero creo que, sin abandonarla, Garza pudo haber entrado en la discusión de una serie de problemas relativos a las alternativas de la ciudad de México. En cualquier caso, lo cierto es que el material ahí está, y un provecho todavía mayor siempre podrá obtenerse.

Sin pretender del autor un análisis sociológico, sino simplemente a partir de su enfoque estructural y no economicista, se podría dar un ejemplo del tipo de relaciones que pudieran explorarse.

La tasa de ganancia en la ciudad de México —según los datos del texto— ha sido, para 1930: 41.5%; 1950: 42.5%; 1970: 48.7%; en tanto, que para el resto del país los porcentajes respectivos son: 37.0, 36.4 y 38.6 (p. 184). Es claro que no sólo es superior en la ciudad de México, sino que su crecimiento ha sido constante y sostenido. Pero si ahora se ve desde el punto de vista de la inversión (sin asumir una relación causal-simple entre los datos; sólo para ilustrar el problema), se tiene que el coeficiente de conversión de plusvalía en capital ha sido para la ciudad de México: en 1940-1950: 29.1%; 1950-1960: 21.7%; 1960-1970: 15.5% (p. 181).

Se observa (*grosso modo*, pues el autor desarrolla en todo detalle el planteamiento) que las ganancias han crecido pero no necesariamente la inversión productiva. Es así que, señala Gustavo Garza, “esta disminución del coeficiente de conversión desembocará en una crisis real del modelo de desarrollo económico [. . .] La inversión especulativa gana terreno, tanto en el mercado financiero como en el inmobiliario y, principalmente, en el de divisas extranjeras” (p. 181). Esta impecable conclusión, tan delicadamente desprendida de los datos, se deja en una modesta mención, que bien hubiera merecido un tratamiento más amplio.

Por otra parte, se comprueba aquí: la obra pública, que es sin duda importante, pero que, dado el manejo del gobierno, ha resultado desproporcionada e incontrolable, se ha convertido en un estímulo fundamental para la concentración industrial; y los inversionistas, justamente, han resultado no sólo beneficiarios sino los principales usufructuarios.

En este otro ejemplo, la síntesis deja sin elaboración un valioso hallazgo. Por lo pronto, se puede sacar una primera consecuencia: la voluntad de descentralizar no puede ser ahora sólo una tarea de gobierno, requiere de que los capitales acumulados y acrecentados por los beneficios de esta concentración se desparramen a lo largo del país para crear estímulos al desarrollo.

Los anteriores son sólo ejemplos del campo de relaciones socio-económicas que el autor pudo haber desplegado, y no es exagerado decir que hubiera resultado tanto más provechoso que el retorno a la discusión teórica general de la última sección del libro, pues hubiera conseguido profundizar aún más las consecuencias de su análisis.

Hay también en este libro un muy loable esfuerzo por guardar la coherencia entre el nivel general de interpretación —modo de producción— y el empírico; sin embargo, la falacia de utilizar indistintivamente esa categoría y la de formación social tiene a veces consecuencias poco favorables a esa coherencia. Es útil detenerse en este problema porque hace referencia a una dificultad que no es sólo propia de este trabajo, sino que es bastante más generalizada, tanto en el análisis sociológico como en el económico de la urbanización.

Al autor le interesa determinar si a cada modo de producción corresponde un proceso de urbanización con características propias y generales que estén presentes en las diferentes “formaciones económico-sociales” que le son propias. Con tal fin, prefiere prescindir de la diferencia entre modo de producción y formación social, propuesta por Marx y que por cierto considera que guarda muchas “ambigüedades” (p. 28).

Aquí aparecen por lo menos dos problemas: primero, resulta una tarea desproporcionada precisar la correspondencia entre formas de urbanización y modos de producción; es tanto como proponer la ela-

boración, en sus correspondientes fases y formas teóricas, de la historia de la civilización; de otra parte, difícilmente se puede sostener que existe ambigüedad, en el pensamiento marxista, en la diferenciación entre formación social y modo de producción.

No hay duda, Modo de Producción no es sino la construcción teórica a partir de las categorías esenciales de un sistema productivo, el esclavismo, el feudalismo o el capitalismo, es el universal abstracto; en tanto, la Formación Social es el universal concreto, donde esas categorías y relaciones aparecen en su determinación concreta, histórica, específica.

Trabajar el nivel del modo de producción implica ubicarse en el de la teoría pura en el sentido marxista; es decir, con alcance al conjunto de cada forma de producción de la humanidad.

El problema no es si a cada modo de producción corresponde una forma de urbanización, lo que es más o menos obvio, sino precisar cómo se inserta lo urbano en el marco de ese particular sistema de producción. Y aquí es donde aparece lo esencial y determinante: que son dos distintos problemas; en el primer caso es comprobación de correspondencias; en el segundo, determinación de la función de un proceso en la dinámica del más general. Claro está que muy posiblemente lo primero sea una tarea necesaria para aclarar lo segundo.

En consecuencia, se deja de lado el problema central: la especificidad histórica del concepto de urbanización y de lo urbano. Asentamientos urbanos y ciudades las ha habido desde las primeras civilizaciones, pero lo que importa saber es su función en la reproducción de cada modo de producción. Sólo así lo urbano se convierte en un concepto históricamente determinado. De otra forma, aunque teóricamente se rechace, no se salva el reduccionismo demográfico en el que se ha caído desde tanto tiempo atrás, del que reiteradamente se quiere salir, y en el que, a pesar de su intención, cae el autor. Lo que es bien claro en su modelo de análisis empírico.

El problema, sin embargo, no se reduce a superar el de la correspondencia de formas y establecer los modos de inserción, lo que mejor expresado implicaría elaborar una teoría general de la urbanización, que no puede sino ser una teoría de cada una de las formas que cumple la urbanización en los distintos modos de producción. Hay algo más.

No basta, sobre todo en el estudio del capitalismo, trabajar al interior del modo de producción; es necesaria una adecuada periodización que es la que permite especificar, intermediar, el paso al análisis de la formación social.

El problema es que no hay una relación lineal desarrollo-urbanización al interior del capitalismo, lo que el autor rechazaría conceptualmente, pero en lo que cae prácticamente. Incluso, es falaz plantearse el problema desarrollo-urbanización. En todo caso, desarrollo no es sino equivalente a desenvolvimiento histórico del capita-

lismo, a reproducción del sistema, y en ese sentido urbanización no es sino expresión de o dimensión de ese desarrollo, comprobación de él.

La relación significativa es la de industrialización y urbanización, la forma concreta del desarrollo capitalista. Aquí radica el nudo del problema. Lo específico del capitalismo es la reproducción ampliada; éste es el dato esencial del capitalismo y ésta se consigue a través de la producción industrial. La industrialización cumple su propósito en el contexto urbano, donde se concentra la mano de obra, donde se reproduce el capital y donde se asienta el mercado. Este conjunto de condiciones reunidas hacen de la urbanización capitalista y aun de la ciudad principal, lo característico de esta urbanización. Por eso, sin necesidad de más elaboración empiricista, es un hecho la tendencia a la concentración en una o algunas ciudades.

No puede quedar de lado, entonces, el problema de la periodización, que fija las distintas funciones a lo urbano, en la fase originaria de acumulación, en la fase de libre mercado o en la monopólica.

El asunto es bien conocido como para extenderse, pero es útil mencionarlo para señalar que, sin estas consideraciones, se vuelve lineal el estudio de la urbanización en países como México. Y la concentración, como se pretende en el trabajo, resulta ser una característica del capitalismo que poco tiene que ver con la condición de desarrollado o subdesarrollado.

Es por lo que en el análisis cuantitativo aparece, si no la tautología, sí la circularidad del análisis, al tratar de probar que la concentración es una ley tendencial del modo de producción capitalista y que tanto países desarrollados como subdesarrollados la padecen, mientras los socialistas no; para lo que se construye un elaborado aparato estadístico que no consigue sino probar lo sabido. A través de un índice que ya de suyo muestra que hay alta concentración en países capitalistas y que no la hay en los socialistas, los que obtienen los más bajos valores.

La definición del índice, que no puede ser sino demográfica, reduccionista, se correlaciona con la variable nominal, dicotómica, con valores capitalismo: 0, socialismo: 1; con un resultado de $r = -0.44$; o sea que a modo de producción socialista, menor concentración, o a modo de producción capitalista mayor concentración (p. 55). No podía ser de otra forma el resultado, pues es evidente que se está relacionando una variable que ya implícitamente se dicotomizó, con otra, dicotómica, que sólo nominalmente es distinta de la dependiente.

El problema no es sólo la concentración como componente intrínseco del capitalismo, sino cómo se da; ello es, justamente, lo que hace distinta la urbanización en el desarrollo y en las sociedades dependientes. Lo que Castells y Quijano sostienen, y que en mi opinión Garza les critica injustamente.

La centralización y la concentración se inician por una implantación de la dinámica capitalista en los países subdesarrollados, que varía según la periodización del capitalismo. Por ello, el proceso de urbanización es significativamente distinto, por ejemplo, durante el porfiriato, bajo el capitalismo inglés, que a partir de 1950, en plena expansión de la inversión industrial norteamericana; aunque ambos procesos coincidan y se concilien. Claro está, uno y otro auspician la concentración y el segundo se monta en la inercia del original.

Un enfoque que asumiera una más adecuada periodización y sus efectos sobre lo urbano, hubiera auxiliado mucho el planteamiento y la interpretación de los datos, espléndidamente trabajados y de gran valor sustantivo, de los capítulos vm, ix, y x, pues el hecho es que la urbanización de los países dependientes no tiene la armonía ni la homogeneidad de la de los países desarrollados. Y de aquí la necesidad de mantener las formas remanentes, residuales. La concentración en Francia, Estados Unidos o Inglaterra es alta, pero no ofrece las desigualdades y contradicciones de la de México o Brasil.

Es así que el enfoque podrá llevar a una consecuencia implícita, que seguramente contradice las convicciones del autor, pero del que el análisis no se salva: hay entre países desarrollados y subdesarrollados un proceso lineal y los atrasados un día llegarán a ser desarrollados. Cuando lo que ocurre es que su condición de rezago es necesaria para los avanzados, lo que explica su contradictoria urbanización y su desigual desarrollo.

La consecuencia más grave de toda esta concepción lineal, tendencial, de la concentración en el capitalismo, es que no se introduce el elemento externo ni en la interpretación ni en el análisis empírico. Y esto, justamente, ocurre porque falta una adecuada periodización de las formas de nuestro desarrollo. Así, si la inversión externa hasta antes de los años cincuenta puede historiarse de manera convencional, esto ya no es posible a partir de los cincuenta; entonces y cada vez más, la dinámica que impone el capital externo es crucial para la concentración y la estimula y las refuerza. Incluso, porque en el sector agropecuario se verifica también un proceso de "transnacionalización" del mercado que, uno, "desruraliza" al propio campo, lo altera, "urbanizando" el contexto; y dos, propicia la expulsión-atracción hacia las principales ciudades.

Aquí el problema es saber hasta dónde ese abrumador conjunto de infraestructura urbana no fue sólo una condición necesaria, y hasta dónde sobre ella operó la transnacionalización como un factor que entrega un tipo de concentración que no es sólo consecuencia lineal de la iniciada en el porfiriato y reforzada en los cincuenta, sino que es, aunque coherente con aquélla, un nuevo fenómeno cualitativa y cuantitativamente, cuya explicación es sólo posible en el marco de una periodización más precisa de nuestra formación social, y que, lo más im-

portante para la interpretación del autor, conduce a la insuficiencia del Estado como generador de infraestructura. Creo que el tema debió merecer más atención, sin por eso pedirle que rebasara sus bien establecidos límites de análisis e interpretación.

Cabe insistir, estas consideraciones sobre los ingredientes conceptuales y su impacto sobre el análisis empírico de ninguna manera invalidan a este último. Se podría decir que aunque el autor hubiera prescindido, por ejemplo, de sus dos primeros capítulos, su libro no hubiera perdido en claridad y rigor, ni hubiera dejado de sacar provecho de un material valioso y de un esfuerzo analítico a todas luces riguroso y ejemplar.

De una obra como ésta no hubiera sido justo nada más dar noticia, pasando por alto sus méritos y dejando de discutir sus aspectos problemáticos en forma razonada. Las cuestiones que se abren a debate no son insuficiencias sino resultado de una intención de rebasar una exposición convencional y abre paso a nuevas rutas de investigación. El nivel de planteamiento de los problemas gana considerablemente al llevar a efecto la crítica. Pero debe advertirse, en abono del esfuerzo de Garza, que la zona de claridad sobre los problemas aquí planteados, no se hubiera obtenido sin contar con su trabajo, de modo que, aun en el desacuerdo, su contribución es evidente.

MANUEL VILLA AGUILERA

CLARISSA HARDY, *El Estado y los campesinos, la Confederación Nacional Campesina*, México, Nueva Imagen, 1984.

Uno de los aciertos de este libro es señalar no sólo la permanencia del campesinado, en contraposición a los que creen que este es un grupo social en vías de desaparición, sino subrayar lo trascendente de su presencia para el desarrollo nacional. El libro sitúa a la CNC como parte del sistema político mexicano y analiza el papel de sus vínculos con el Estado y con la sociedad civil, otorgando a la población rural una función protagónica. Así, se destaca que la importancia política de la CNC se desprende de su vinculación con la actividad productiva de los campesinos. A partir de estos y otros elementos se hace un análisis de los niveles de vida de los campesinos (con y sin tierra), así como de sus demandas por el control de los procesos productivos y de la lucha por la tierra y por mejorar sus condiciones de vida. El trabajo se divide en tres partes centrales: